

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 2.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 10 DE ENERO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



bservando los astros el célebre astrólogo Mr. Mathieu de la Drome, anunció que para el 28 del pasado diciembre, había de verificarse un gran cataclismo en Francia, en Alemania y en España. Viendo que el 28 llegó y el sol se mostraba recalcitrante, sin quererse marchar ante los conjuros de Mr. Mathieu de la Drome, este sabio astrólogo citó el cataclismo para el 2 de enero, pero el cataclismo ha incurrido también en su indignación no presentándose en la fecha señalada. Sin embargo, habiéndole acusado ya la tercera rebeldía, los partes meteorológicos de la última semana, anunciaban el miércoles un gran temporal que se cernía sobre las costas de Inglaterra, sobre el mar del Norte y sobre el Mediterráneo, y al fin, aunque tarde, vino después de una gran sequía la gran humedad que tanta falta hacía á los cuerpos y á los campos.

Terminadas las fiestas de Reyes, se han reunido los cuerpos colegisladores para continuar sus interrumpidas tareas. En el Senado ha comenzado la discusión de un proyecto de reforma de la reforma constitucional del 57. El general Pavía, marqués de Novaliches, ha presentado un voto particular suprimiendo la indicada reforma y dejando la constitucion de 45 limpia, escueta, monda y lironda. Los diarios que apoyan al ministerio, anuncian que éste no se completará definitivamente hasta que terminen las discusiones sobre asuntos constitucionales.

Se han recibido noticias de la Habana, segun las cuales asciende ya á 44,000 duros la suscripcion para el nuevo barco submarino del señor Monturiol. La construcción del Ictíneo se encuentra tan adelantada, segun parece, que en todo el mes próximo de febrero se espera que pueda ser botado al agua. Probablemente, cuan-

do nosotros tengamos ictíneos los tendrán ya otras naciones. Además de los espermentos que se hacen en los Estados-Unidos, en Rusia se están haciendo otros en grande escala para una escuadra completa de ellos, los cuales llevarán aparatos para incendiar los buques enemigos; de manera, que dentro de poco los buques coraceros van á perder el pleito, y será necesario que además de forrarse con coraza, se procure el medio de hacerlos incombustibles. Si el año que comienza está destinado á ver realizado ya el difícil proyecto de la navegacion submarina, será indudablemente un año bien aprovechado. ¿Qué nuevas modificaciones traerá este descubrimiento en el arte de la guerra? Este es un punto importante, porque el arte de la guerra se va haciendo la gran ciencia de la humanidad, y en las circunstancias presentes esta ciencia es mucho mas necesaria, pues enseña á cortar los nudos que las faltas y errores de los gobiernos y los pueblos han logrado hacer en la vida política y que no pueden desatarse de otro modo.

Por donde parece ahora que va á comenzar la conflagracion europea que nos amenaza, es por donde menos se pensaba el año anterior. Hay en el extremo Norte de la Europa, un pais de dos millones y medio de habitantes, que tiene instituciones libres y se llama la Dinamarca: tiene este Estado la particularidad de que sus reyes, desde tiempo casi inmemorial, se llaman uno Cristiano y otro Federico, de manera que el que no es Cristiano es Federico y el que no es Federico es Cristiano. El último rey se llamaba Federico VII y murió en el año anterior sucediéndole el actual que se llama Cristiano IX; un Federico vendrá indudablemente á sucederle en el trono. Pero aquí entra lo embrollado de la cuestion. Agregados á la corona de Dinamarca hay dos ducados, el de Holstein y el de Schleswig que forman parte de la Confederacion Germánica; los reyes daneses como duques de estos estados, han figurado siempre en la Dieta alemana; pero á consecuencia de la muerte de Federico VII, se ha presentado un nuevo Federico que pretende ser el legítimo soberano de Holstein y de Schleswig y apoyado en sus pretensiones por la Dieta germánica, está á punto de promover una guerra con la Dinamarca. Las tropas alemanas han ocupado ya el ducado de Holstein, y el rey Cristiano se encuentra en Schleswig revistando su ejército para oponerse á los ulteriores progresos del ejército federal. Si la Dieta germánica se empeña en ocupar el Schleswig, es probable que la Inglaterra apoye con las armas á

Dinamarca, y entonces la guerra se haría mas general; y otras cuestiones que están pendientes de solución saldrian inmediatamente á la superficie pidiendo ser resueltas; y como los combustibles están dispuestos, las chispas del incendio dinamarqués podrán comunicarse por toda Europa, hasta el estrecho de Gibraltar. Esto no obstante, el emperador francés ha dicho en su discurso de primero de año, que tiene grandes esperanzas de que la paz se conservará; lo mismo ha dicho el Papa y de las mismas intenciones se muestran animados todos los gobiernos de Europa. ¡Qué lástima que no basten las buenas intenciones de los gobiernos, para enmendar las faltas que han cometido, tambien con la mejor intencion!

Segun parece, ya está decidido el archiduque Maximiliano á marchar á Méjico y á ocupar el trono que le han conferido los *notables*. Dicese que saldrá muy pronto en uno de los vapores que parten de Saint Nazaire, á fin de estar en Méjico en el mes de marzo, por haberse ya cumplido una de las condiciones que habia impuesto para la marcha, á saber que hubiese algunas poblaciones mas que la capital pronunciadas en su favor. En efecto, los franceses han entrado ya en Queretaro y se disponen á entrar en Guanajuato y á marchar sobre Durango y San Luis. Creemos sin embargo que aun le quedará mucho que hacer al nuevo emperador para restablecer completamente la paz en la tierra de Motezuma y de Guatimozin.

Ha comenzado á publicarse en Francia un periódico titulado *El Autógrafo*, que se propone dar á luz *fac-similes* litográficos de todos los hombres célebres en literatura, milicia, bellas artes, etc. Entre otros autógrafos trae el de un comandante de gendarmes, que estando en Africa á punto de dar una car-a decisiva, dijo á su tropa: «Gendarmes, adelante, no olvideis que sois hombres casados, y que los caballos que montais son vuestros.»

En nuestros teatros han continuado las mismas funciones escogidas para las pascuas de Navidad: solamente ha habido de nuevo en el Circo el *Sueño de un soltero*, pieza cómica de don Enrique Gaspar, escrita espresamente para la aparicion de los espectros luminosos. Esta produccion, fuera de los espectros, no tiene el mérito de las anteriores del señor Gaspar; pero lejos de ser mala, como algunos periódicos han querido suponer, ha tenido buen éxito y ha sido muy aplaudida. Tanto en el Circo como en el Príncipe se preparan novedades, que algunos dicen han de llamar la atencion en el mes

actual, en que los bolsillos han quedado algo flacos, de resultados de las sangrías que han recibido, con motivo de las últimas pascuas.

En el teatro de Novedades se han puesto en escena algunas obras de grande espectáculo; pero este teatro tiene desgracia.

En la Zarzuela, la *Conquista de Madrid* continúa atrayendo todas las noches gran concurrencia.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

SOCRATES.

MEMORIAS SACADAS DE LOS ESCRITOS DE JENOFONTE.

II.

Formar ciudadanos, educar hombres públicos, hombres de Estado, no era mas que la mitad de la tarea de Sócrates. Sigámosle ahora en su enseñanza privada. Los sentimientos mas generosos del hombre y los deberes mas especiales de cada Estado; las ciencias, las artes, los oficios, lo que sabia y lo que no sabia (porque frecuentemente enseñaba en nombre de su misma ignorancia), Sócrates lo mostraba y lo explicaba todo.

En su deseo de que nada se hiciese sino segun las reglas, hasta iba á dar á las damas griegas lecciones del arte de agrandar, y á enseñarles los medios mas dignos de atraer dulcemente á sus esposos. Su tribuna era ya una tienda de zapatero, ya el pórtico de un templo, la plaza pública, un jardin, la tienda de un comerciante ó el taller de un estatuario; su libro de testo, las grandes ideas de justicia, de probidad, de honor, ó las altas teorías del arte; su propósito la educacion de Atenas.

Un dia fué á sentarse con sus discípulos en el pórtico del templo de Júpiter. Se trataba de ensalzar á sus ojos el honor de una virtud que abraza otras muchas, la templanza, y de vencer un enemigo temible, el sofista Antiphon. Antiphon llegó en seguida acompañando tambien de sus discípulos, y apenas vió á Sócrates, comenzó de este modo: «Sócrates, yo creía que los que tienen la profesion de filósofos, debían infaliblemente llegar á ser mucho mas felices; pero me parece que habeis recogido muy poco fruto de vuestra sabiduría, porque vivís de un modo que no sé que exista criado que tenga paciencia para ser tratado así por su amo. Os alimentais de las viandas y bebidas mas pobres del mundo; no solamente estais vestido con miseria, sino que no teneis mas que un solo vestido para el verano y el invierno; andais sin zapatos; hasta careceis de dinero, ese metal que se recibe con tanto gusto, y que proporciona tantas comodidades y satisfacciones; así, seguido de vuestros discípulos, podeis sin inconveniente llamaros maestro y profesor de miseria.»

Sócrates, despues de mirar en torno suyo para ver el efecto que habian producido aquellas palabras, exclamó: «Por lo que veo, Antiphon, me juzgais muy desgraciado, y me compadeceis tanto que, si tuviérais que escoger, estoy seguro que querríais mejor morir que vivir como yo. Consideremos, pues, si gustais, lo que hay de mas incómodo en mi vida. ¿Hablais de mis alimentos y me compadeceis porque no me nutren? Ved mi salud. ¿Por qué me cuesta mas trabajo que á vos el conseguirlos? Yo los encuentro donde quiera. ¿Por qué me parecerán insípidos? No conoceis vos la gracia y la sazón que les da mi apetito. En cuanto á mi vestido, es cierto que no tengo mas que uno, y es verdad que no tengo zapatos. Pero ¿por qué cambiáis vos de trajes y calzais vuestros pies? ¿No es por libraros del frio y del calor y poder andar á gusto? Y bien ¿habeis observado acaso que por el frio permanezca yo en casa mas que alguno, ó que en el estío me arrime á nadie para hallar sombra, ó que me vea privado de andar, ó que me queje por el daño que reciba en los pies?—Sócrates, replicó Antiphon, ¿negareis acaso que el desprecio sigue donde quiera á la pobreza?»

Nada respondió el sabio; pero como en aquel momento pasase por la plaza un soberbio caballo que pertenecía á Nicias, y que todo el mundo admiraba, se acercó al ginete y le dijo en alta voz:

«Señor, ¿es muy rico este caballo?—¿Qué quereis decir?—Os pregunto si este caballo es rico.—¿Cómo ha de serlo?—Es que Antiphon acaba de decirme que no se puede ser considerado sin ser rico, y viendo yo que todo el mundo se acerca á admirar este caballo, pienso que debe de tener mucho dinero.—¿Y puede un caballo tener dinero?—¡Ah! vos me tranquilizais, porque temia ya mucho por mi consideracion despues de lo que Antiphon me ha dicho.»

Despues de estos burlones y sencillos razonamientos, el grande hombre, segun su método, elevándose á las ideas mas altas, añadió: «Restan, pues, mis goces, Antiphon, que os parecen tan limitados, pero ¿no veis que el desden mismo que yo muestro hácia los groseros placeres, dice ya muy alto que disfruto de otros goces en que cifro toda mi dicha, y que no solo me hacen bien hoy, sino que traen consigo la dulce esperanza del bien que me producirán mañana? Si los que se ocupan en la labranza, la navegacion, el comercio, son felices y

se regocijan cuando sus negocios prosperan, ¡qué grande ocasion de alegría la de aquel que pensando en sí mismo, ve que va ganando cada dia mas en virtud y en la amistad de las personas honradas! Y bien, Antiphon, yo soy el hombre que piensa en sí y ve todo esto.»

Y como Antiphon enmudecía: «Todavía mas, añadió vivamente el sabio, si hay necesidad de servir á sus amigos y á su patria, decidme, ¿quién estará mas dispuesto, el que vive como yo vivo ó el que se trata de la manera que vos pintais tan feliz? ¿Quién sufrirá con mas firmeza las incomodidades y fatigas de la guerra, el que no sabe vivir sin el ordinario regalo, ó el que se contenta con lo que encuentra sencillamente? ¿Cuál de los dos se rendirá mas pronto estando sitiado, el que tiene necesidad de todo, ó el que de todo sabe privarse? A creeros, Antiphon, parece que la felicidad y la grandeza no son otra cosa que placeres y gastos continuos. Pero yo creo profundamente que tener pocas necesidades es acercarse al mismo Dios, pues que Dios solo es el que nada necesita.»

Despues de estas palabras, se retiró, dejando al sofista confundido, y se trasladó en seguida (porque el tiempo era precioso para él) á otro punto de la plaza donde parecia llamarle un nuevo deber. Su vista no se apartaba de un jóven que acababa de entrar en la tienda de un fabricante; se dirigió hácia allí y entró y se sentó en un banco. Delante de él estaba un jóven ateniense de veinte años, llamado Eutidemo, que en todas partes mostraba su ignorancia, diciendo que los hombres de genio no tenían necesidad de estudiar y que todo lo adivinaban. Sócrates que veía en esto un vicio que combatir, iba á entablar conversacion; pero Eutidemo sin aguardar á que empezase, se levanta desdeñosamente y se dispone á salir, como si temiese que se le acusase de dar importancia al saber de Sócrates. El ingenioso sabio, volviéndose entonces hácia sus discípulos, dijo en alta voz: «Señores, las acciones y los estudios de Eutidemo hacen creer que cuando se proponga en el consejo público algun asunto, no se callará, sino que espondrá su opinion. Y me parece que ya medita un gran discurso, cuyo exordio es este: Puedo aseguraros, atenienses, que yo nada de esto he aprendido, ni me he cuidado de hablar con los que llaman hábiles maestros tanto en la oratoria como en el manejo de los negocios, sino que, por el contrario, he evitado siempre no solo aprender, sino hasta parecer haber aprendido; nunca dejaré, por eso, de deciros mi opinion tal como ella naturalmente y á la ventura se me ha ocurrido.» Al oír esto todos comenzaron á reír: Sócrates añadió: «Hé ahí un exordio muy propio y conveniente, por cierto; ni mas ni menos que si alguno pidiendo permiso para ejercer el arte de la medicina en esta ciudad, comenzase su discurso de este modo: «Puedo aseguraros atenienses, que en mi vida he estudiado el arte de la medicina, ni jamás he escuchado á sabio alguno médico; sin embargo, dadme licencia para ejercer, y yo me obligo á atenderos en vuestras enfermedades, haciendo en vosotros mismos mis ensayos.»

Eutidemo se habia detenido al oír pronunciar su nombre y habia oído las palabras de Sócrates y las risas que habian suscitado; pero, cosa singular y que prueba mas que nada la autoridad de Sócrates, en lugar de alejarse ó irritarse, vino á ser uno de sus mas constantes discípulos; de tal modo el noble personaje sabia suavizar con el acento y el gesto la dureza de sus consejos. Se conocia hasta en sus mas mordaces críticas que no era el vano placer de mostrar su ingenio el que aguzaba de tal modo sus palabras, sino el ardiente deseo de hacer penetrar la verdad en lo mas profundo del corazón de aquellos á quienes censuraba.

Cuando Dios crea estos grandes preceptores del género humano, los crea completos, y les da el corazón tan sublime como la inteligencia. Nada mas afectuoso que el alma de Sócrates. No era una de esas superioridades orgullosas y retraídas que no viven mas que para sí mismas, y que no se acercan á la humanidad sino para decir: «Yo la domino» Sócrates amaba. Se conmovía; sujetaba al hombre por medio de los lazos de la mas delicada ternura.

Oigámosle hablar sobre la amistad. «¿Cuántos esclavos teneis, Cristóbulos? dijo un dia á uno de sus discípulos?—Ciento.—¿Y bueyes?—Doscientos.—¿Y caballos?—Cincuenta.—¿Y amigos?—¿Amigos...? esperad... amigos? Tengo uno... dos... tres... ¡ah! no, este no es amigo mio, cinco... cinco... unos cinco serán...—Cómo, le dijo Sócrates, ¿sabeis de memoria el número de vuestras cabezas de ganado, de vuestros esclavos, y los decís sin vacilar, y al hacer la lista de vuestros amigos, dudais, borraís, y, vacilando, volveis á poner...! y sin embargo, ¿si se compara un buen amigo con las demás cosas, no se encontrará siempre que es lo mas precioso? ¿Hay caballo ni manada de bueyes que sea de mas provecho que un verdadero amigo? ¿Existe esclavo tan afectuoso? ¿Habría casa que mejor abrigue? ¿Hay, en fin, riqueza de ningun género que preste mayor servicio? Porque el buen amigo se ofrece siempre á llenar el vacío que el hombre encuentra dentro del hogar y en la marcha de sus negocios. Si su amigo quiere favorecer á alguno le presta su apoyo; si sobreviene algun contratiempo, él le proporciona socorros con sus bienes y con su misma persona. Ayuda á persuadir, ayuda á obligar. Cuando todo marcha bien, proporcio-

na un singular deleite. En una palabra, todo lo que las manos pueden hacer, los ojos ver, oír los oídos, los pies activar, todo, todo es llevado á cabo por los beneficios del amigo, y muchas veces lo que uno no hubiera hecho, ni visto, ni escuchado, ni acabado por sí mismo, se encuentra que el amigo lo ha dispuesto perfectamente.—Ved ahí, un bello y verdadero retrato del amigo, repuso Cristóbulos, y que hace desear uno siquiera; pero decidnos ahora, Sócrates, el medio de llegar á conseguir un amigo.—No puede ser ni á la carrera como la liebre, replicó el sabio sonriendo, ni con reclamo como los pájaros, ni por fuerza y violencia como los enemigos; este género de caza exige otras armas.—¿Cuáles son, pues? Ardientemente deseo conocer esta ciencia.» Sócrates se sonrió satisfecho, porque era éste el punto á que él queria llegar; despues empezó con la finura de argumentacion que le era propia: «Cuando querais llegar á ser amigo de alguno, ¿me permitiréis decirle que os interesais por su persona y que tenéis gran deseo de intimar con él?—¿Por qué no? Yo no conozco á nadie que no quiera que los demás le profesen afecto.—¿Y me dais tambien facultades para decir que cuidais mucho á vuestros amigos; que trabajais en sus negocios, os complacéis en sus placeres y estais dispuesto á emprenderlo todo por ellos?—Eso no puede perjudicar.—¿Y si yo dijera tambien que vos no estais sujeto al desarreglo, á la gula ni á la pereza, lo que hace que se os pueda confiar la direccion de los negocios?—Estaria muy bien dicho.—¿Que vos no sois ni avaro ni codicioso, lo que evita desde luego las disputas sobre interés?—Muy bien.—Que no recibis prestado sin devolver?...

—Preparais perfectamente el camino. Pero ¿por qué me hablais así, Sócrates? Porque ciertamente que con esos informes franqueais mucho el camino de la amistad, y os permito que lo digais todo.—No, en verdad, replicó Sócrates, esto no me es lícito, y no depende de mí el que yo hable así, sino de vos mismo.—¿Cómo, pues?—¿Cómo? Vedlo: una mujer de Atenas me decia un dia que los agentes de matrimonios tienen una admirable mana para llevar á cabo enlaces, cuando es verdad lo bueno que dicen de las personas que quieren unir, pero que mintiendo, no hacen mas que preparar odios eternos entre los esposos, engañados hoy y desengañados mañana. Ved, pues, que no debo hacer de vos todos esos elogios, sino en tanto que tengan fundamento seguro.—Ya comprendo; quereis ayudarme á ganar amigos con la condicion de que yo por mi parte haga cuanto para ello se requiere.—No perjudicaré yo vuestros intereses, diciendo de vos lo que pudiérais desmentir en los primeros dias de vuestra amistad.—¿Qué quereis, pues, demostrarme, Sócrates?—Quiero deciros que, pues que por un lado no hay nada tan divino como un amigo, y por otro yo no puedo proporcionárosle mejor que contando y revelando siempre vuestras virtudes, y que, por último, yo no puedo ensalzar las virtudes sino cuando existen, no teneis que hacer mas que ser sobrio, generoso y agradecido. Sed virtuoso para tener amigos, y tened amigos para ser virtuoso.»

¡Qué bellas palabras! Así iba el grande hombre buscando en la decadencia de Atenas, la fuente de su perfeccionamiento. Lleno de respeto hácia el alma humana y hácia todo lo que Dios ha colocado en ella, ni condenaba, ni rechazaba los enlaces amistosos; queria mejor santificarlos y elevarlos, por decirlo así, al rango de maestros.

«Sed virtuoso para tener amigos; tened amigos para ser virtuoso.» Divina doctrina, digna por cierto de aquella Grecia que habia hecho de la amistad una especie de virtud pública, dándola por fundadora á la legión sagrada de los trescientos tebanos.

(Se continuará)

EDUARDO BUSTILLO.

ELOGIO DE LO PASADO.

Las tradiciones orales ó escritas, las memorias de las instituciones, de las leyes, de las costumbres puras y sencillas de nuestros antiguos padres tienen un encanto, una dulzura, que elevan mi imaginacion, y embriagan mi corazón de placer. Me enciendo en deseos de volver á esos tiempos venturosos; detesto las palabras *progreso*, *adelantos*, *espíritu de reforma*, civilizacion moderna, y casi me convierto en un ser arqueológico.

Cuando recorro las doctas páginas de Homero, y veo que sus héroes, Aquiles, Agamemnon, Ulises asaban un buey sobre las ascuas encendidas, y luego se lo comian despedazándole sin cuchillo ni tenedores, dirijo con indignacion mis miradas á esos banquetes aristocráticos, á esas mesas lujosamente adornadas con vasos atestados de flores y con cubiertos de plata ó de oro purísimo. ¿Creeis acaso, que todas esas viandas, ricamente condimentadas, que todos esos manjares muy esquisitos y sabrosos al paladar, que todas esas salsas y delicadezas culinarias son saludables?—Os engañais miserablemente: causan enfermedades muy graves: indigestiones, calenturas, vómitos, náuseas y otras muchas dolencias. La polenta piemontesa, que se compone de harina con carne picada; los macarrones, delicia de toda la Italia meridional; los garbanzos, que persiguen en esta tierra á los pobres es-

tranjeros, no acostumbrados á comer cocido; las judías, que los persiguen en Francia, ¿ creéis que puedan dar mas fuerza, vigor y salud que el buey asado de los héroes de Homero?

En esos tiempos felices, á que aludo, la sencillez de la vida doméstica se hermanaba con la libertad individual y el pleno ejercicio de nuestros propios derechos: ¡ no habia escribanos ni alguaciles! no se intentaban pleitos ante los tribunales; no se formulaban expedientes, y el ofendido se vengaba del ofensor sin acudir á la policía. Cuando comenzó á penetrar en Grecia la idea satánica del progreso, las repúblicas helénicas presentaron un aspecto muy distinto: y entonces, habiendo visto Diógenes á dos ministros de justicia, que llevaban amarados á unos saltadores, exclamó: « los ladrones mayores llevan á la cárcel á los menores.»

En tiempos de los Fabios y Camilos, en esos tiempos primitivos de la república romana, en esos tiempos, en que sus héroes comían legumbres, y abandonaban el azadon con que araban su campo para correr á las armas, en esos tiempos en que no se conocian los tapices de Persia, en que no se pagaban quinientos sesterces por una lamprea, ni se buscaba el pescado exquisito del lago Lucrino, Roma venció siempre á sus enemigos; y sus dictadores, que administraban con escrupulosidad la justicia, no tenían mas ambición que la de dar repetidos testimonios de su amor á la patria. Cuando comenzaron á construirse caminos para facilitar la marcha de las tropas, y poner en comunicacion directa las Galias y las Españas con la orgullosa Roma; cuando César, avergonzado de su calva, procuraba ocultarla, dando vueltas á su pelo para cubrirse la frente; cuando Pompeyo se rascaba ligeramente la cabeza con un dedo para no descomponerse el peinado; cuando penetró en Roma la idea satánica del progreso, fueron violadas las leyes, triunfaron la alevosía, el asesinato, el egoismo, y hubo demócratas furiosos, conservadores insensatos y cesaristas.

Pero no hablemos mas de esos pueblos de la antigüedad, cuya civilizacion se diferenciaba en mucho de la nuestra, y acerquémonos á las instituciones sociales, inauguradas en Occidente despues de la caída del coloso romano.

El mago Merlin, el rey Arturo, los caballeros de la Tabla Redonda, Carlomagno y sus paladines, los caballeros andantes ¿ no dieron á la nueva sociedad un aspecto heroico y sublime? ¿ Son comparables por ventura las cortes de la moderna Europa, en donde no se nota mas que un ceremonial monótono y frio, con las de Arturo y Carlomagno, cuyo solo recuerdo despierta nuestro número, y ha dado origen á historias tradicionales, á leyendas fantásticas y grandes poemas? A los labios de muchos necios, que blasonan de críticos sesudos sin merecerlo, asoma una sonrisa mofadora cuando, recorriendo las antiguas crónicas de Inglaterra, leen que el rey Arturo fue trasformado en cuervo despues de su muerte: ¿ qué hay en eso de particular é inverosímil? ¿ No vemos tambien hoy prodigios mas extraordinarios, aunque por otro estilo, sin estrañarnos, y con la certeza de que los venideros los creerán? ¿ No vemos á muchos, que hablan por los codos y piensan con los talones? Leed los periódicos de Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia, etc., y os convencereis de la realidad de mi aserto; leedlos atenta y detenidamente, y os persuadireis, en vista de lo que sucede entre nosotros, de que nada tiene de absurdo la metamorfosis del rey Arturo.

Hay algunos que desprecian las profecías del mago Merlin, traducidas al castellano y á otras muchas lenguas... ¡ Miserables! Una multitud de esas profecías se han realizado, y otras se realizarán. ¿ No profetizan los magnetizados y los somnábulo? ¿ No creemos en sus vaticinios? ¿ Por qué despreciamos, pues, los del sabio Merlin? — Y si es cierto que muchos descubrimientos, que causan asombro, y que se suponen equivocadamente modernos, fueron muy conocidos en tiempos remotos ¿ podremos afirmar con seguridad, que Merlin no fue magnetizado ni le cupo la suerte de ser un buen somnábulo? Diga y piense cada cual lo que mejor se le antoje, yo creo en sus profecías, y no vacilo además en confesar que hay algunas revelaciones sobrenaturales muy beneficiosas para esta vida y la venidera.

Cuando recorro las doctas y eruditas páginas del conde de Bonald, y veo que este sabio se inclina á resucitar las antiguas instituciones y la grandeza de aquellos señores feudales, que vivian como dioses, encerrados en sus castillos, se despiertan en mi interior todas las reminiscencias encantadoras de los tiempos pretéritos; y pasmado de su lógica firme y de su indignacion evangélica contra todo lo moderno, elevo fervorosos ruegos al cielo con la esperanza de ver realizados sus deseos.

Se ha escrito mucho, y no se ha hablado menos, pero con insensatez y superficialidad, contra los antiguos señores de horca y cuchillo, contra esos señores feudales, que en virtud de sus privilegios, podian condenar á la última pena, sumaria y terminantemente y sin sustanciar procesos, á sus vasallos.

Me sería muy fácil reducir á polvo los absurdos y sofismas de que han echado mano muchos publicistas con el intento de atacar esta costumbre, verdadera perla del sistema feudal; pero en atencion á que no pueden tener cabida en un artículo de periódico largas discusiones, me limitaré á emitir algunas ideas fundamentales,

que cortan de raíz todas las dudas, y demuestran con claridad y precision, que entre los muchos privilegios de que disfrutaban esos señores antiguos, el mas útil, el mas conforme á las reglas de justicia, era el de horca y cuchillo: y á fin de proceder lógicamente, voy ante todo á poner de manifiesto las bases muy firmes en que se apoya la pena de muerte, y las deléznables y poco consistentes que han servido de punto de partida á los que abogan por su abolicion.

En todos los códigos criminales bien redactados, la pena de muerte figura siempre en primer término, no solo porque destruye y aniquila á los perversos, sino tambien porque es el medio mas eficaz de quitar de este mundo á los que sirven de estorbo. No ignoro que muchos dicen que no merece ocupar un puesto en la escala de las penas, porque entre la existencia de un individuo y su aniquilamiento, se interpone un vacío que no puede salvarse. Otros la califican de atroz y contraria á los principios de la buena moral, porque un hombre, por muy malvado é impío que sea, puede convertirse en buen ciudadano, arrepintiéndose y corrigiendo sus faltas. Otros sostienen, por último, que es muy cruel, y que se debe borrar de todos los códigos, porque se han visto repetidas veces alargar su cuello al verdugo víctimas inocentes. Yo creo que todas estas razones son falaces y capciosas, y que basta remontarnos á los principios mas generales para conocer la utilidad é importancia de la pena de muerte.

El *crescite et multiplicamini* del Antiguo Testamento, ha conferido al hombre el derecho de procrearse, y por esto se ha establecido el santo matrimonio; pero el que nace está condenado á morir, porque la muerte no es mas que la consecuencia final de la vida. Si es cierto, pues, que ésta es inseparable de aquella ¿ no es un error lógico reconocer en el hombre el derecho de procrear, y negarle al propio tiempo el de matar á sus semejantes? En este principio muy claro y sencillo, que los publicistas han pasado por alto, bien sea por olvido ó ignorancia, se funda la pena de muerte, si bien hoy no se permite á los particulares matarse mutuamente, porque, constituidos los hombres en sociedad, han depositado su derecho de matanza en las manos de los magistrados para que lo ejerzan libre y jurídicamente, sin límites ni restricciones en beneficio de todos. El conde de Maistre, penetrado de esta grande idea, recomienda encarecidamente la pena de muerte; exige que se la prodigue, y á fin de que el mundo entero se convenza y persuada que en esta pena únicamente estriba la salvacion del género humano, nos ha dejado en sus veladas de Petersburgo un pomposo elogio del verdugo. Esta especie de panegirico, que no desmerece al lado del de Plinio á Trajano, se distingue por su magnificencia, por sus frases muy enérgicas, y aun mas por sus reflexiones piadosas. El lector, despues de haberle meditado y digerido, desea convertirse en verdugo, y le pesa no haber ejercido nunca un oficio tan noble y filantrópico.

Quedando probado ya á todas luces, que la pena de muerte está conforme con las reglas de la mas acendrada justicia; que es una consecuencia lógica y necesaria del derecho que tiene el hombre á procrear, y que hoy está depositada en las manos de los magistrados, porque así la sociedad lo exige, es indudable que los señores de horca y cuchillo, que eran en sus respectivos y anti-castillos soberanos y magistrados, disfrutaban muy legítimamente del privilegio de imponerla á sus vasallos. Ni se les puede culpar de precipitacion ó arbitrariedad, porque la aplicaban formacion de causa, por la sencilla razon de que una autoridad absoluta y omnimoda no necesita ambages ni rodeos para adoptar las medidas que cree mas convenientes. Si queremos pasar de las teorías abstractas al terreno práctico ¿ no vemos tambien hoy que cuando se trata de delitos muy graves, verdaderos ó supuestos, tribunales especiales ó consejos de guerra juzgan sumariamente á los reos? Esta ley excepcional, y muy provechosa para la humanidad, no es mas que una copia de la aplicacion rápida de la pena de muerte ordenada por los señores de horca y cuchillo. Si admitimos la una como útil ¿ por qué censuramos la otra? Yo califico de excelentes las dos, y la moderna la estimo bajo todos conceptos muy buena, porque es una bella imitacion de la antigua. En cuanto á lo que nos relieván algunas crónicas, acerca de las muertes tormentosas, que mandaban dar los señores feudales á sus vasallos, es de suponer que haya en ello exageraciones y mentiras. Pero aun cuando todo sea real y verdadero, estos suplicios, que rayaban en crueldad, debemos atribuirlos al profundo y virtuosísimo sentimiento de indignacion é ira, que inspiraban las faltas mas leves en aquellos tiempos felicisimos: y por lo demás ¿ no es cierto que el terror y los actos muy atroces tienen una sublimidad dramática y un tinte poético que no se encuentra en los suplicios vulgares y ordinarios? La horca, el garrote, la guillotina ¿ ofrecen acaso interés dramático y poesía? — Ninguna de las dos cosas. — Cuando leemos, por el contrario, que los antiguos señores feudales mandaban arrojar de las almenas de sus castillos á vasallos indiscretos ó poco comedidos, y que estos, rodando de peñasco en peñasco, caian por último destrozados, y con el cuerpo hecho trizas en uno ú otro barranco, se despiertan en nosotros reminiscencias terribles, pero sublimes y eminentemente clásicas: nos

acordamos de la roca Tarpeya, de los Griegos asesinado por mandato de los persas, y de otros acontecimientos memorables que hermanan la historia con la poesía bajo la pluma de un hombre dotado de grande imaginacion. Cuanto que en la edad media, en vez de dar muerte á personajes distinguidos, se les sacaban los ojos, se les condenaba á prision perpétua ¿ podemos darnos de Edipo, de Layo, de Yocasta, de Polinice? ¡ Cuánta poesía! ¡ qué multitud de blimes! Convengamos, pues, que en esos tiempos que florecieron los señores de horca y cuchillo, esos tiempos que llamamos *edad media* todo tiene el timbre de la originalidad; y la misma pena de muerte tenia un colorido especial, poético y peregrino. Europa hoy se juzga hasta cierto punto honrada por un criminal ser pasado por las armas; pero este sacrificio ¿ tiene por ventura algo de fantástico y sublimado que nuestro entender, no puede despertar mas que una mezquina de una cacería en que se matan hombres de ciervos y jabalies.

Ha habido muchos condenados á la última pena desde la creacion del mundo hasta nuestros días; pero ¿ se acuerdan con particularidad los nombres de estas víctimas sacrificadas para bien y salvacion del humano género? — No por cierto. — Se habla tan solo con frecuencia de unos pocos, cuya muerte, aunque atroz y cruel, no ha dejado de tener poesía y gracia. Dos ejemplos de los que no muy remota confirman este aserto.

Damiens acometió con armas homicidas á Luis XV de Francia, y el duque de Aveiro atentó sacrilegamente (¡ Pombal lo dijo!) contra la vida de José I, monarca portugués. Entrambos fueron condenados á morir; pero su ejecucion, revestida de todos los colores que dan tinte poético y mucho brillo á la misma crueldad, ha perpetuado su memoria acompañándola de un interés dramático, que no se encuentra en las penas gastadas por sus repeticion y vulgaridad. Damiens fue arrastrado con los pies separadamente atados á las colas de dos caballos, que corriendo en sentido opuesto le descuartizaron vivo, y habiendo quedado uno de sus muslos unido al tronco, el verdugo lo separó con una cuchilla que tenia preparada para el caso. Al duque de Aveiro se le condenó al suplicio de la rueda, y despues de haberle roto todos los huesos, el verdugo le descargó con amor fraternal un último golpe en la cabeza para que muriera mas tranquilamente. ¡ Cuánta poesía! ¡ Cuánta sublimidad en los dos suplicios!... ¡ Imitacion grandiosa de lo antiguo y digna de los señores de horca y cuchillo! Pero en esta circunstancia no quiero pasar en silencio que Pombal, temiendo que algun mal intencionado, bajo el pretexto de solicitar una audiencia del monarca, pensara en intentar la perpetracion de otro crimen horrendo, mandó construir una especie de jaula, y dispuso que José, casi convertido en pájaro, diera audiencia á sus súbditos encerrado en ella (1) ¡ Pensamiento muy original, y mas poético que los suplicios de que he hecho mérito!

A pesar de que todo lo consignado prueba suficientemente que los tiempos del feudalismo fueron pintorescos y dramáticos, y que no cabe en ellos justa censura, me parece muy del caso poner de manifiesto que uno de los errores mas perjudiciales de nuestra legislacion ha sido el de abolir el tormento: este específico saludable, que la edad media heredó de la sabiduría romana, era un centinela avanzado contra todos los crímenes. Jurisconsultos superficiales y no muy sensatos dicen que los vidos ó un poco de debilidad, ocasionados por una indigestion, serian lo bastante para que el hombre, sometido al tormento, revelara delitos, que no la cometido. Convenio en ello; pero el que sabia ya de antemano el castigo que le esperaba, tenia buen cuidado de mantenerse sano, comiendo parcamente, y entonces el tormento, aplicado con oportunidad, era no solo útil para la averiguacion de los crímenes, sino tambien higiénico.

Si nuestra generacion, lejos de ilusionarse con el maldito espíritu de progreso y reformas, no se propone volver á lo pasado, se despeñará andando el tiempo, en un abismo insondable; que mediten, pues, los lectores en las verdades eternas que contiene este artículo, y yo, deseoso de cooperar á su salvacion, no dejaré de tratar mas adelante este mismo argumento con mejor tino y concienzuda imparcialidad.

SALVADOR COSTANZO.

ADAM MICKIEWICZ.

Entre los muchos emigrados polacos que han hallado en Francia una generosa hospitalidad, ha habido uno cuyo nombre no se borrará jamás de la memoria de sus compatriotas, porque con sus escritos ha contribuido acaso mas que nadie á sostener vivo el entusiasmo por su patria y el deseo de verla libre é independiente. Este hombre era Adam Mickiewicz; víctima ya en sus primeros años de las persecuciones del gobierno ruso, habia vivido en los calabozos y en el destierro antes de ir á pedir un asilo á la Francia, y solo un verdadero prodigio es

(1) Véase el tomo II de las *Memorias de la vida de Pombal*, escritas en francés por un autor anónimo. 81.

haberle librado del cautiverio que sufría en el cual han muerto muchos de sus compañeros que nuestros lectores verán con gusto reseña biográfica, no solo porque se refiere perteneciente á un país que hoy día excita interés, sino porque no considerando en él el mérito literario, Adam Mickiewicz puede ser considerado de los mejores poetas modernos de Europa. Mickiewicz nació en Nowogrodek en la Lituania

en el año 1798; aunque hijo de padres pobres, recibió su primera educación en el gimnasio de Minsck, donde se aplicó tanto, que ya á la edad de diez y siete años pudo entrar en la universidad de Wilna que se hallaba entonces en su mayor apogeo. Allí estudió filología, adquirió grandes conocimientos en la historia, en la literatura general, en los idiomas modernos y en las ciencias naturales, principalmente en la física y la química. Su talento poético se despertó con el amor que le inspiró la hermana de uno de sus amigos de Wilna.

Cuando ésta tuvo que casarse con otro porque la diferencia de posición separaba á los dos amantes, Mickiewicz espresó su sentimiento y su desgracia en una composición poética titulada Dziadg (la pompa fúnebre) en la cual manifestó plenamente su talento poético. A la edad de veinte años era maestro de lengua latina en el gimnasio de Kowno. La primera colección de sus poesías líricas con el poema épico titulado Grazyna, apareció en Wilna en 1822.

En 1823, á consecuencia de una delación hecha al



PUBLICACION DE LA BULA DE LA SANTA CRUZADA, EN MADRID.

gobierno ruso, Mickiewicz fue encarcelado, aunque en realidad faltaban pruebas de que había tomado parte en la conjuración formada con el objeto de libertar á la Polonia del yugo del czar; á su estancia en los calabozos de Wilna se debe su Oda á la juventud, que es una de las composiciones más notables en su género. De Wilna fue trasladado á Moskou y poco después á San Petersburgo, donde tuvo que sostener una lucha para librarse de los halagos de la aristocracia moscovita, que más bien por cálculo que por verdadera afición trataba de ganarle á su partido. En esta época terrible fue cuando escribió su célebre poema titulado Conrado de Wallenrod, poema vengador que debía hacer en Polonia el mismo efecto que un globo de compresión y cuya acción no ha terminado aun. En este poema, la relación del vaydelote es una alusión patriótica, un llamamiento á las armas; el poeta espresa sus propios sentimientos con respecto á la Rusia en el odio implacable y en la venganza que el joven Walther había jurado á la Orden Teutónica. Cuando se publicó este poema la gloria de Mickiewicz llegó á su colmo; el czar mismo le hizo felicitar; poco después obtuvo permiso para pasar al es-

tranjero, y para hacer un viaje á Italia con el objeto de restablecer su salud. ¿De qué medio se sirvió para lograr que los enemigos del nombre polaco aceptaran este poema como cosa inofensiva?

Hé aquí un misterio difícil de explicar; mas como quiera que sea, Mickiewicz pudo al fin atravesar la misma frontera que algún tiempo antes había pasado como un criminal. Entonces empezó para él esa larga peregrinación, que si no es el cautiverio, es por lo menos una serie penosa de amarguras, de tristezas y de desengaños. Durante algunos años viajó por Alemania, Suiza, Francia ó Italia; en uno de estos viajes conoció á Goethe. Cuando en 1831 estalló la revolución polaca, se encontraba en Roma; al año siguiente fué á Dresde, y en 1832 se estableció en París, donde publicó sus «Actas de la nación polaca y de los peregrinos polacos;» ese libro que dió á Mr. de Laménais la idea de sus palabras de un creyente según él mismo ha confesado en sus Asuntos de Roma. En esta obra, Mickiewicz, libre ya de toda traba, manifiesta abiertamente su odio al czar al que trata como de potencia á potencia, porque si el czar tiene de su parte la fuerza y la violencia

Mickiewicz tiene el genio y la libertad. Mickiewicz llora las desgracias de su patria y echa en cara á las demás naciones su indiferencia y su cobardía; las pinta dominadas por su egoísmo y rehusando ir á socorrer á la Polonia desgarrada hasta que las bayonetas rusas han restablecido el orden en Varsocia. Este libro hubiera bastado por sí solo para hacer su nombre inmortal; mas sin embargo hay una obra de un estilo distinto y que ha sido la que principalmente ha dado á su autor la justa fama que conservará siempre su nombre; hablamos de su drama titulado «Los abuelos.» Este drama sangriento y misterioso se ha representado una sola vez en Wilna por un verdugo condecorado con el nombre de senador ruso, y por un puñado de estudiantes que han ido á morir en la Siberia ó en la emigración. Los detalles referidos en este drama terrible no han sido inventados por Mickiewicz; todos ellos son ciertos, tan ciertos como la historia misma. ¿Qué ficción podría igualarse al sublime horror de todos estos cuadros, de estas escenas de martirio que recuerdan los tiempos primitivos del cristianismo? Para sobrepasar á lo patético del Dante ó á lo grandioso de Milton,

Mickiewicz no tenia que hacer mas que reproducir fielmente lo que veia pasar todos los dias en derredor suyo cuando la Polonia entera estaba torturada por el senador Novosiltzoff y sus secuaces. La idea dominante de este drama es la del bien de la patria; si en una de las escenas que resume todo el pensamiento de la obra, Gustavo ó Conrado, que no es sino el mismo Mickiewicz, pide á la Divinidad el poder supremo, es para dotar á su país de una dicha infinita de la que el mundo no le ofrece ideal ninguno. Estas son sus palabras:

«¡Pero mi amor en el mundo no reposa sobre un ser, como el insecto sobre una rosa, no está tampoco limitado á una familia ni á un siglo! ¡Yo amo á una nacion entera! ¡He abarcado en mis brazos todas sus generaciones, pasadas y venideras, las he estrechado aquí, contra mi corazon, como un amigo, como un amante, como un esposo, como un padre! ¡Quiero dar á mi patria la vida y la felicidad, quiero hacer de ella la admiracion del mundo!»

Desde 1840 hasta 1843, Mickiewicz ocupó la cátedra de literatura y lengua slavas, creada para él en el Colegio de Francia; mas al tercer año de ocuparla, cayó en el lazo que le habian tendido sus enemigos y adoptó la idea llamada del Mesianismo, colocándose como mediador entre la Polonia y la Rusia. Es inútil decir el mal efecto que produjo en sus compatriotas este cambio operado en las ideas del poeta, cambio que rebajaba su mérito para colocarlo como afiliado á una secta ridicula que tenia por objeto la realizacion de una idea que los patriotas polacos juzgaban imposible. A consecuencia de esto, el gobierno francés espulsó de Francia á Andrés Towianski, que era el principal de los que sostenian el Mesianismo, y suprimió la cátedra que habia creado para Mickiewicz. Este fue nombrado bibliotecario del Arsenal en París, puesto vacante por la muerte de Carlos Nodier; en 1848, cuando estalló la revolucion francesa, fué durante algunos meses á Italia para propagar allí la idea de la formacion de legiones polacas. A su regreso á París fue muy bien recibido por Napoleon III, que le estimaba mucho.

En los últimos años de su vida Mickiewicz abandonó



ADAM MICKIEWICZ.

la idea del Mesianismo, que en él no podia ser mas que pasajera, y volvió á ser lo que habia sido toda su vida: un patriota ardiente.

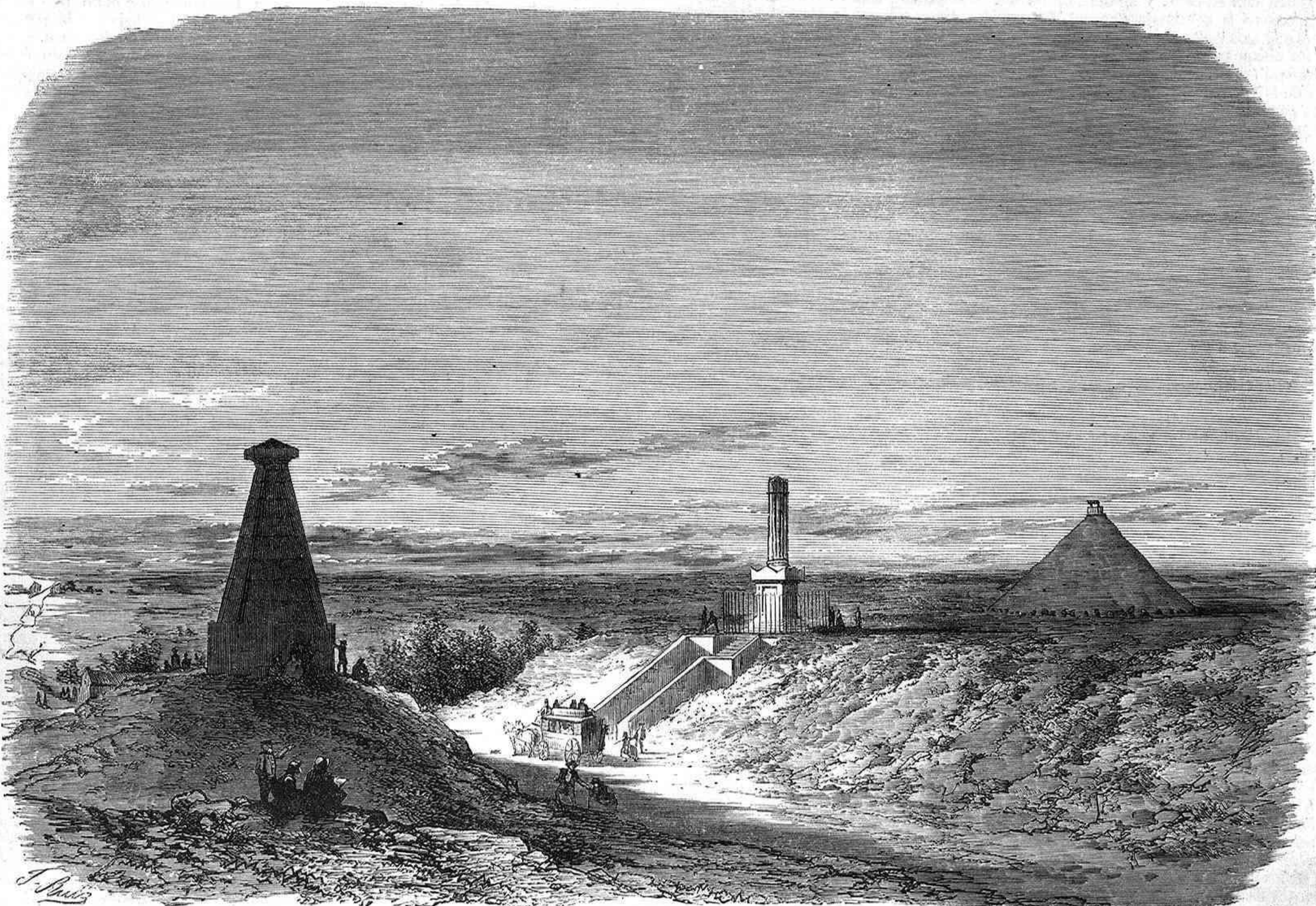
La vida de Mickiewicz ha sido, por decirlo así, una cadena de dolores continuos. En 1834 perdió á su mujer, á la que amaba con delirio; en esta ocasion permaneció tres dias y tres noches al lado del caáver, esperando que la muerte viniera tambien á llevarle á él; des de entonces no volvió á tener ni un momento de alegría. Poco despues de esta desgracia fué con el jóven

principe Ladislao Czartoryski á Polonia, para activar allí la formacion de legiones polacas que habian de combatir contra Rusia en la Crimea; pero á los pocos dias de su llegada, el 26 de noviembre de 1841, Mickiewicz murió á consecuencia de una discusion con otros emigrados. La causa que le hizo morir fué la casa de un hombre á cuyo lado habia pasado los últimos dias de su juventud. Este hombre era el relojero Giegler de Cracovia, que habia establecido su taller en la capital del imperio ruso.

LA BULA DE LA SANTA CRUZ

En la víspera del primer domingo de Cuaresma, se publica todos los años la Bula de la Santa Cruzada. Las trompetas y timbales marchan los primeros y llaman la atencion, convocando al pueblo; los alguaciles en traje antiguo siguen cada uno en su caballo; y deteniéndose todos en la Plaza Mayor en varios puntos de concurrencia, entran en una turba de curiosos y chiquillos, se lee el correspondiente pregón. En el presente número damos la vista de la última solemnidad de esta clase; solemnidad que sea dicho de paso no tiene ya razon de ser desde el momento que se puede obtener por medio de la prensa una publicidad inmensamente mayor que la que dan cuatro alguaciles vestidos á la antigua, levantando la voz sobre caballos entrecorridos y recostados en la esquina de una calle.

Hemos dicho que se publica todos los años la Bula de la Santa Cruzada. ¿Qué es Bula y qué es Santa Cruzada? Bula en la primera acepcion de la palabra era una bola pequeña de oro, plata ó plomo que los romanos ataban á sus documentos por medio de una cuerdecita de cáñamo, para darles mayor autenticidad; los papas adoptaron esta costum' re acompañando sus documentos, patentes, cartas, decretos, etc., con un sello de plomo en que por un lado estaban las imágenes de San Pedro y San Pablo, y por otro la del pontífice con la



VISTA DEL CAMPO DE WATERLOO.

u nombre. Sería alargar demasiado este ar-
biéramos de referir todos y cada uno de los
a generales ya particulares á que se dió el
Bula. Diremos solamente que los primeros
á objetos puramente eclesiásticos, hasta que
ones de Carlo-Magno y de Pepino el Breve,
spapas un poder temporal, les proporcionaron
e mezclarse en los asuntos políticos. Desde
a hubo muchas bulas sobre negocios tempora-
le la que escomulgó á Roberto de Francia por
asado con una prima suya, hasta la Bula de
n 1814 c ntra las sociedades secretas de car-
francmasones, etc.

limitándonos á la Santa Cruzada, la primera
este género se dió en el año 1095 en el concilio
mont, en el cual el papa Urbano II publicó la
cruzada, es decir, la primera guerra de los prin-
Europa contra los infieles, con el objeto de res-
Santo Sepulcro de Jesucristo en Jerusalem. Para
m se arbitraron recursos y entre ellos el de cis-
r de la abstinencia de carnes durante la cuaresma
los los fieles, mediante una módica retribucion des-
á los gastos de la guerra. No obstante el mal
de la primera cruzada, Inocencio III publicó
213 la segunda y continuaron cobrándose los dere-
impuestos sobre los fieles para la guerra contra
nah metanos. Inocencio IV introdujo la moda de
icar cruzadas contra los enemigos particulares de
nta Sede, suscitando una contra Federico II de Ale-
cia en 1246. Urbano IV publicó otra contra Man-
Sob, rey de Nápoles, y sus sucesores dieron tam-
las contra herejes ó contra adversarios especiales de
sede romana.

Rescatóse el Santo Sepulcro, pero el reino cristiano
ae se formó en Jerusalem, vino á concluir muy en bre-
e á impulso de las disensiones interiores y de la espa-
ia de Saladino; y andando el tiempo la Bula de la San-
ta Cruzada, que en un principio sirvió para la guerra
contra los sarracenos, no tuvo ya este objeto por ha-
berse hecho la paz con ellos. Sus productos se destina-
ron entonces á la redencion de cautivos cristianos y á
las necesidades del culto y del clero. En España los fon-
dos de la Cruzada se distribuian por un comisario espe-
cial que se entendia con Roma, y que tenia en toda la
península dependientes que iban por los pueblos publi-
cando la necesidad de contribuir á los objetos á que la
bula estaba destinada. Algunos de estos agentes no so-
lian estar dotados ni de la prudencia ni de la ciencia
bastantes para la comision que debian desempeñar, pero
la suplían con su celo, y no dejaban de dar resultados
pecuniarios á la comisaría general. En nuestro tiempo
y en 1853 se suprimió el cargo de comisario, y queda-
ron los obispos encargados de aplicar los fondos de la
Cruzada á las necesidades del culto. Asi, pues, hoy la
Bula de la Santa Cruzada es una limosna que dan los
fieles para el culto y clero de España; y de la institucion
antigua solo queda la procesion, cuya vista damos en
este número. Solamente notaremos para concluir una
particularidad del tiempo de la guerra civil. En 1838,
estando el autor de estas líneas prisionero de guerra en-
tre los carlistas, oyó en un pueblo publicar la bula, y
habiendo podido proporcionarse este documento, obser-
vó en su redaccion diferencias notables respecto de las
otras bulas dadas en otros años, y de las que enviaba
Su Santidad Gregorio XVI al gobierno de la reina. Las
bulas enviadas á este último decian lo que venian di-
ciendo todas de tiempo inmemorial; que sus productos
se destinaban á la guerra contra infieles, á la redencion
de cautivos y á las necesidades de la Iglesia; pero las
bulas enviadas al campo carlista, y cuya distribucion se
encargaba al obispo de Leon, comisario general de cru-
zada, nombrado por don Carlos, prometian el cielo á
los que muriesen sustentando la causa del Pretendiente,
y amplias indulgencias á los que contribuyesen con
limosnas á su sostenimiento. Sentimos que las vicisitu-
des de la guerra nos impidieran conservar este docu-
mento curiosísimo, cuya publicacion hoy seria intere-
sante.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

UNA VISITA AL CAMPO DE WATERLOO.

Hay á 15 kilómetros de Bruselas una pequeña pobla-
cion, compuesta de 3,500 habitantes, cuyo nombre será
siempre célebre en la historia. A algunas millas de esta
poblacion fue donde tuvo efecto la caída del imperio fran-
cés; allí fue donde el ejército de Napoleon I, de ese co-
loso que parecia amenazar la Europa entera con sus
conquistas, perdió el fruto que tantas victorias le ha-
bian dado.

Esta poblacion se llama Waterloo.

Algunas casas dispersadas sin orden y una sola calle
la forman. Sus habitantes por lo general se dedican á
enseñar los monumentos y recuerdos que contiene, y
ofrecen al viajero balas ó botones del uniforme de algu-
no de los soldados muertos en la accion. Uno de los ha-
bitantes de Waterloo conserva enterrada en su jardin la
mano de lord Uxbridge, cuya pierna le fue amputada
de una mesa que enseña al que
un árbol bajo el cual el duque

de Wellington estuvo durante la batalla. Un inglés ofre-
ció al propietario de este árbol una enorme suma por él,
pero el que lo posee no ha querido venderlo, pues saca
de él una gran utilidad, haciendo de sus ramas pipas,
boquillas y otros objetos, que vende á un precio fabuloso.

Con el presente número damos una vista del campo
de Waterloo, tal como está en el dia.

Poco diremos acerca de la batalla, la cual todo el
mundo conoce, y solo nos detendremos en describir á
los lectores de EL MUSEO los monumentos y curiosi-
dades que se enseñan en Waterloo.

Ya hemos dicho que las casas de Waterloo están di-
seminadas, y que solo contiene una calle; á algunos pa-
sos de esta se halla la iglesia, cuya construccion data
del siglo XVII, y cuyos muros están cubiertos de epita-
fios que recuerdan los nombres de los que murieron en
esta memorable batalla. Fuera ya de la poblacion y como
á media legua de distancia, nos encontramos en el cam-
po de Waterloo, donde el 18 de junio de 1815 Napoleon
perdió todo el prestigio que sus anteriores conquistas le
proporcionaran. Lo primero que se ve al bajar del car-
ruaje que nos lleva al campo de batalla, es la llanura de
Mont-Saint-Jean, compuesta de unas treinta casas
que rodean el camino de Charleroi. Hacia la derecha se
ve el túmulo levantado despues de la batalla, y corona-
do del leon de bronce forjado con los cañones cogidos á
los franceses. Avanzando aun mas, se ve hacia la izquier-
da la meseta de Mont-Saint-Jean, cuya posesion fue tan
reñida, y cuya vertiente fue tan favorable á las reser-
vas del ejército inglés. Sobre una de las lomas que se
elevan por el lado de la calzada está colocado el monu-
mento consagrado á cuarenta y dos oficiales hannove-
rianos que murieron en la batalla. Por el otro lado de la
calzada se levanta el monumento del coronel Gordon,
que fue muerto en el momento de llevar las órdenes de
su general el duque de Wellington. A la derecha de la
calzada y hacia el Oeste se descubre el castillo de Hou-
gomont, que en el dia pertenece al conde de Robiano.
Sus muros presentan un triste aspecto de desolacion, y
están ennegrecidos por el tiempo. Cuatro veces fue per-
dida y vuelta á tomar por los ingleses esta desdichada
mansion, en cuyo recinto perecieron de una manera
cruel de quinientos á seiscientos hombres. Al lado opues-
to se divisa en el horizonte el grupo de árboles donde
Napoleon vió con desesperacion aparecer las primeras
columnas del ejército prusiano al mando de Bulow, en
lugar de las tropas de Grouchy, á quien esperaba.

Al Sudeste está la pequeña villa de Plancenoit, que
fue testigo de luchas terribles entre los franceses y pru-
sianos. En esta villa hay una especie de obelisco que el
rey de Prusia hizo levantar en honor de los soldados
muertos en la accion.

Hacia el Este y sobre una pequeña colina se eleva la
Belle-Alliance, donde Wellington y Blücher se encon-
traron despues del combate, y donde segun cuentan
dijo el general inglés al prusiano: «Señor mariscal, sois
el primer general del mundo, pues que habeis vencido á
Napoleon.» «La gloria de este dia os toca á vos en pri-
mer lugar,» respondió el mariscal.

Esto es lo que hoy queda de Waterloo, de ese cam-
po de muerte teatro de la lucha postrera entre el despo-
tismo imperial y el absolutismo de los reyes cubierto
con la capa de libertad.

UN NUEVO ICTINEO Ó BARCO SUB-MARINO.

Hace algunos meses decíamos en las columnas de
este periódico, hablando de los buques de coraza (1):
«¿Y será esta la última faz que tome la marina de
guerra? Muy difícil seria asegurarlo, y á mayor abun-
damiento, distinguiéndose en lontananza un pensa-
miento que adquiere cuerpo, una idea que se va desen-
volviendo, y que empieza á realizarse en España. ¿Quién
osaría negar resueltamente que aplicado con todo el
buen éxito que se ha visto en los ensayos, y mejorado
en toda su perfeccion, el *Ictineo* de Monturiol no llega-
se á sustituir á la marina que marcha por encima del
agua? Entonces la gloria de España seria muy grande.
Por este motivo es de obligacion nacional que la comi-
sion que ha tomado bajo su proteccion el invento del
buque sub-marino, redoble sus esfuerzos para que pue-
dan tocarse en gran escala los resultados prácticos que
ya ha dado á conocer. Y lo aconsejamos con tanta mas
razon, cuanto que en los Estados-Unidos se está cons-
truyendo bajo la direccion y proteccion de aquel go-
bierno un buque sub-marino que, si llega á dar buenos
resultados en sus ensayos, oscurecerá para siempre el
Ictineo de nuestro sabio y perseverante Monturiol, te-
niendo presente el carácter de la raza anglo-sajona.»

Pues bien, en estos momentos está ya próximo á con-
cluirse en Mobila el buque de que entonces hablábamos,
y del cual podemos dar hoy á nuestros lectores varios
detalles, ya conocidos del mundo científico y de los
que siguen con atenta vista los progresos del espíritu
humano en nuestros tiempos.

Este nuevo *Ictineo* está destinado á combatir y des-
truir á los grandes buques de guerra que hoy con-
cemos; y si llegan á realizarse, segun todas las probabi-
lidades hacen creer, las esperanzas que se fundan en

esta nueva máquina de destruccion, no habrá ningun
buque con coraza ó sin ella, que pueda resistir los efec-
tos de las máquinas infernales de que irá provisto.

El casco del buque es de plancha de hierro sólida,
siendo su longitud ó eslora, como dicen los marinos, de
unos 23 metros. Un tabique, tambien de hierro, divide
horizontalmente el interior del buque en dos partes. La
superior está destinada para alojamiento de la tripula-
cion, para las máquinas, los dos timones que gobier-
nan el buque, y depósitos de aire comprimido, y la
parte inferior está dividida en cierto número de com-
partimentos, de los cuales unos se llenan de aire ó de
agua, segun sea necesario, y los restantes sirven para
guardar los víveres, el carbon, etc.

El buque está provisto de una hélice que se pone en
movimiento, bien por medio de una máquina de vapor,
bien por medio de dos motores eléctricos. Sobre la cubier-
ta, que está cerrada herméticamente, se elevan unos tu-
bos que sirven para dar salida al vapor y al aire, y una
especie de campana ó garita de poca altura, cuya parte
superior es de cristal transparente muy sólido. En la popa
lleva un timon como el que usan todos los buques, y en
la proa otro que gira alrededor de un eje horizontal, y
que sirve para hacer subir ó bajar el buque dentro del
agua. La cubierta está rodeada de unos enjaretados ó
filaretas movibles, que se suben y bajan cuando se
desea.

El modo de maniobrar del buque es el siguiente:
cuando no hay nada que temer del enemigo, se llenan
de agua los depósitos señalados con el núm. 1. (Véase
el grabado que acompaña á estas líneas.) En este caso
en el cual la superficie de la cubierta se halla mas alta
que la superficie del mar, el buque navega como un
vapor cualquiera, sin que puedan romper en él las olas
por tener levantados los enjaretados movibles de que
antes hemos hablado. Pero tan pronto como se distingue
el enemigo, se bajan estos enjaretados, y haciendo en-
trar el agua en los depósitos 1, 1, 1.... el buque se su-
merge y desaparece dentro del mar; llegado cuyo caso,
se apaga el fuego de la caldera y se pone en movimien-
to la hélice por medio de los dos motores eléctricos, no
distinguiéndose desde fuera ni el menor indicio de la
existencia del buque.

Para subir ó bajar dentro del agua, se levanta ó se
baja el timon horizontal que lleva en la proa, y por me-
dio de una especie de manómetro se sabe constante-
mente la profundidad á que se encuentra el barco.
Cuando el citado timon, que se ve claramente en el
grabado, se halla paralelo al eje de la hélice, ó sea cuan-
do está en la posicion que representa el mismo graba-
do, su accion es nula, manteniéndose el buque á la mis-
ma altura; pero segun se alza ó se baja, el buque hace
el mismo movimiento de ascenso ó de descenso.

Toda la tripulacion va en el compartimento ó piso
alto del buque, y solamente hay un hombre colocado en
la garita de cristal, que ya hemos citado, y desde la
cual vigila al enemigo, haciendo las indicaciones conve-
nientes para que maniobre el buque. Para que éste sea
invisible á su adversario, basta que se sumerja poco
mas de un metro debajo de la superficie del agua, á
cuya profundidad son todavía suficientemente intensos
los rayos luminosos para que el observador de la garita
pueda ver al enemigo á bastante distancia.

Conocido ya el modo de navegar del buque ameri-
cano, veamos su manera de funcionar como máquina
de guerra. A cada lado de la cubierta hay colocadas
unas cajas de hierro herméticamente cerradas y carga-
das de una gran cantidad de pólvora, las cuales están
unidas dos á dos por una cadena bastante larga. Si se
quiere atacar, por ejemplo, á un buque anclado en un
puerto ó á otro cualquier buque parado, se hace cami-
nar el *Ictineo*, con arreglo á las indicaciones del vigia
de la garita, hasta llegar á ponerse debajo del buque
enemigo; se sueltan dos de las cajas unidas de que aca-
bamos de hacer mencion, las cuales, en virtud de su
propio peso, suben y se adhieren á los costados del bu-
que atacado; el buque sub-marino se separa entonces
para evitar los efectos de la explosion, y cuando se halla
á una distancia conveniente, pega fuego á las dos cajas
de pólvora por medio de un alambre eléctrico.

Si se trata, por el contrario, de destruir un buque
cuando navega, el sub-marino procurará ir á colocarse
en el camino ó derrota que siga su enemigo, y soltando
varios pares de cajas, provistas para este caso, de un s
aparatos de percusion que hará obrar aquel cuando
choque con ellas en su marcha, se sumergirá para es-
perar que el citado buque enemigo toque á una de di-
chas máquinas infernales que le ocasionará una avería
imposible de remediar y que producirá su pérdida ine-
vitablemente.

Tal es la descripcion sucinta de esta máquina infer-
nal, hoy próxima á terminarse, y cuya invencion es de-
bida á un americano de los Estados Confederados, lla-
mado Mr. Alstilt. No hemos hablado de los sistemas de
bom'as destinados á espulsar el aire viciado, ni del me-
canismo de los conductos de aire y de agua, por medio
de los cuales se pueden llenar de esta última los depó-
sitos en muy pocos instantes y vaciarlos por medio del
aire comprimido. Todo esto depende del capitan, que
puede mover su buque con la mayor facilidad.

Cette 1^o de enero de 1861.

GERÓNIMO LOBO Y CASAL.

(1) Véase EL MUSEO UNIVERSAL del 27 de julio de 1862.